

de vuestras filas. Y si no ignorais quién soy ¿á qué preguntarlo, comenzando vuestro mensaje tan inútilmente como habeis de concluirlo?»

Á lo que Zefon, devolviendo desprecio por desprecio, le contestó: «No juzgues, espíritu rebelde, que esa forma, en que tan menguado aparece tu esplendor, pueda darte á reconocer, pues no brillas ya en el Cielo inocente y puro, y estás muy distante de aquella gloria que ostentabas cuando eras fiel: ahora llevas impreso el crimen en tu semblante, y en la frente la lúgubre oscuridad de tu morada. Pero ven con nosotros, y no dudes de que tendrás que dar cuenta al que nos envia, á cuyo cargo está la custodia de este lugar inviolable y la incolumidad de esos dos seres que están durmiendo.»

De este modo habló el Querubin, y su grave y severa reprension añadió invencible gracia á su juvenil belleza. Quedó confuso Satan; comprendió cuán contrastable es el proceder recto, cuán amable en si misma la virtud, y no pudo ménos de dolerse de su pérdida, aunque más se dolió todavia de que tan visible fuese la decadencia de su esplendor; y sin embargo, no quiso mostrar apocamiento. «Si he de combatir, dijo, será como superior contra superior, con el que manda, no con el que es mandado, ó con todos á la vez; que en esto me cabrá más gloria, ó por lo ménos no perderé tanto.»—A lo que con valentia replicó Zefon: «El miedo de que estás poseido nos ahorrará de un empeño que el último de nosotros bastará á realizar contra ti, perverso, y contra tu impotente debilidad.»

Enmudeció el infernal principe al oír esto, devorando interiormente su rabia, como soberbio corcel, que al sentir el freno, salta irguiendo la cabeza y tascando el férreo bocado. Tan inútil le parecia la fuga como el combate; embargábale el corazon un temor que procedia de poder más alto, cuando nada le habia hasta entónces intimidado. Iban acercándose al punto del occidente en que, terminada ya su excursion, volvian los ángeles y se congregaban para recibir nuevas órdenes; al frente de los cuales puesto Gabriel, su caudillo, con voz sonora les dijo así: «Por esta parte, amigos, oigo pasos acelerados, y descubro á Ituriel y Zefon en medio de la oscuridad. Con ellos viene otro de soberana apariencia, pero muy decaído de su brillantez, que por su arrogante ademan parece el principe del Infierno. Determinado se muestra, segun su aspecto, á no salir de aquí sin empeñar combate. Preparaos, pues: en su hosco ceño trae pintada la provocacion.»

No habia acabado de decir esto, cuando acercándose los dos ángeles, le refieren sucintamente quién es aquel; dónde le habian hallado, cuál era su ocupacion,

y en qué forma y actitud había tratado de ocultarse; y dirigiéndole Gabriel una penetrante mirada: «¿Por qué, le preguntó, has traspasado los límites á que te ves reducido por tu crimen? ¿Por qué vienes á perturbar en su ministerio á los que no se han dejado llevar de tu detestable ejemplo, y tienen por lo mismo derecho y facultad para impedir tu temerario acceso á estos lugares? ¿No hay más que violar la tranquila morada de los que Dios ha establecido aquí y colmado de bendiciones?»

Y con sonrisa de menosprecio le respondió Satan: «Gabriel, en el Cielo tenias fama de perspicaz, y como tal te contemplaba yo; pero esas preguntas me hacen dudar de tu buen acuerdo. ¿Hay álguien que viva contento entre suplicios? ¿Hay quién, pudiendo, no anhele evadirse del infierno, aunque esté condenado á vivir en él? Por cierto debes tener que á estarlo tú, lo desearias, y atropellarías por todo con tal de hallar sitio, por lejano que fuese, libre de tanta penalidad, donde esperases trocar el dolor en alegría y en presto alivio, y los tormentos en bienestar. Esto es lo que aquí busco, y lo que tú, que nunca has experimentado males, sino venturas, no acertarias á comprender. ¿A qué me pones por delante la voluntad del que nos aprisiona? Que refuerce con más seguros reparos sus puertas de hierro, si ha de tenernos sumidos en sus lóbregos calabozos. Esto es cuanto tengo que responderte: por lo demás, la verdad te han referido: como esos te han dicho, me hallaron; lo cual, sin embargo, no implica violencia ni exceso alguno.»

Á estas palabras dichas en tono desdeñoso, contestó el Angel guerrero no ménos intencionadamente: «¡Oh! qué dechado tan cabal de cordura se perdió el cielo el día que Satan fué arrojado de él! Fué arrojado de él por su insensatez; y llega ahora aquí fugitivo de su prision y abrigando la grave duda de si debe ó no tenerse por perspicaz al que le califica de temerario en invadir esta region, y traspasar los límites de aquella á que está condenado en el infierno: tan natural contempla el evadirse de sus tormentos y su castigo. Sigue en tu presuncion, soberbio, hasta que la cólera que nuevamente suscitas con tu fuga descargue en ti siete veces, hasta que el azote que te haga volver á tus cadenas persuada á tu gran prudencia de que no hay castigo proporcionado á la infinita indignacion que semejante culpa provoca. Pero ¿por qué vienes solo? ¿Por qué no te siguen tus huestes infernales? ¿Son los tormentos más llevaderos para ellos que para ti, y por esto no tratan de evitarlos? ¿Ó es que no cuentas tú con tanto valor para resistirlos? Pues, intrépido caudillo, que has sido el primero en librarte de tus tormen-

tos: si hubieras manifestado á tus secuaces la causa de tu evasion al abandonarlos, seguramente no te hubieran dejado venir solo ni fugitivo.»

No pudo ya Satan reprimir su ira y exclamó: «Valor más que nadie tengo, ángel insolente, para soportar mis penas. Sobrado sabes que fui yo tu más terrible enemigo en aquella lid en que la fulminante furia del trueno vino tan presto en auxilio tuyo, en auxilio de tu lanza, que por si no inspiraba temor alguno. Pero tus palabras, tan irreflexivas como siempre, muestran la inexperiencia en que estás de lo que debe hacer un caudillo fiel á su deber y aleccionado por los malos sucesos de su fortuna, que es no exponerlo todo á peligrosos trances, sino experimentarlos primero él mismo. Por esto he cruzado yo solo estos desiertos espacios, y venido á reconocer este mundo nuevamente creado, cuya fama no ha podido ménos de llegar hasta los infiernos. Espero encontrar aquí morada más venturosa, y establecer en la tierra ó en las regiones aéreas mis potestades proscritas, aunque para conquista tal fuese menester embestir otra vez contra ti y tus bienhadadas legiones; que más fácilmente os acomodais á la servidumbre del Señor entronizado en los cielos, á entonar himnos en su alabanza y á incensarle de léjos, que á la dureza de los combates.»

Lo cual oido por Gabriel, prosiguió en estos términos: «Decir y desdecirse, encarecer primero el mérito de la fuga y desempeñar despues el oficio de espia, no es propio de un caudillo, sino de un embaucador. ¿Cómo te atreves á suponerte fiel á tu deber? ¡Qué así profanes el nombre, el sagrado nombre de tu fidelidad! Y ¿á quién eres fiel? ¿Á tu rebelde muchedumbre? ¿Á ese tropel de réprobos, dignos de ser mandados por tan digno jefe? ¿Consistia vuestra disciplina, la fè que jurásteis y vuestra obediencia militar en alzaros desleales contra el Poder supremo?—Y por otra parte, falso hipócrita, que ahora te vendes por paladin de la libertad, ¿quién más lisonjero, más humilde y servil adorador que lo fuiste tú un día del invencible Rey de los cielos, sin duda con la esperanza de destrozarle así mejor y empuñar su cetro? Pues, oye, y haz lo que te prevengo: sal de aquí, y huye al lugar de donde has salido; que si subsistes un momento más en estos sagrados confines, arrastrando y cargado de hierros te volveré á tu infernal mazmorra, y quedarás enclavado allí, de suerte que no te burles otra vez de las fáciles puertas del infierno, ya que tan débiles te parecen.»

Amenazóle así; pero Satan le oía con indiferencia, y encendido en nuevo furor, repuso: «Cuando sea tu cautivo, querubin orgulloso, háblame de cadenas:

ahora disponte á sentir el peso de mi poderoso brazo. Jamás te abrumó otro tal, ni aún cuando el Soberano celeste cabalgaba sobre tus alas, y uncido con otro como tú, acostumbrados al mismo yugo, tirábais de su carro triunfal, y andábais por los caminos del cielo empedrados de estrellas.»

Miéntas esto decia, ardian en enrojecido fuego los angélicos escuadrones, y desplegando en circular ala sus falanges, le rodeaban, apuntándole con sus lanzas; como cuando en los campos de Ceres, maduras para la siega, se mecen las apiñadas espigas, inclinándose á uno y otro lado, segun de donde se agita el viento; y el labrador las contempla con inquietud, temiendo que todos aquellos haces en que cifra su mayor logro, no vengan á convertirse en inútil paja.

Alarmado Satan en vista de aquella actitud, hizo sobre si un esfuerzo y dilató sus miembros hasta adquirir las desmedidas proporciones y fortaleza del Atlas ó el Tenerife. Toca su cabeza en el firmamento, y lleva en su casco el Horror por penacho de su cimera; ni carece tampoco de armas, dado que empuña una lanza y un escudo. Tremenda lid se hubiera suscitado entónces, que no solo el Paraiso, sino la celeste bóveda hubiera conmovido en torno, y aún puesto en grave conficto todos los elementos á impulsos de choque tan irresistible, si previniendo aquella catástrofe, no hubiera el Omnipotente suspendido en el cielo su balanza de oro, que desde entónces vemos brillar entre Astrea y el Escorpion. En aquella balanza habia pesado Dios todo lo creado, la tierra esférica en equilibrio con el aire; y ahora pesa del mismo modo los acontecimientos, la suerte de las batallas y de los imperios. Puso á la sazón en contrapeso el resultado de la fuga y el del combate, y el segundo subió rápidamente hasta dar en el fiel que lo señalaba; y entónces dijo Gabriel á su Enemigo:

«Conozco, Satan, tus fuerzas, como tú conoces las mias: ni unas ni otras nos pertenecen; Dios nos las ha prestado. ¡Qué insensatez jactarnos de lo que han de hacer nuestras armas, cuando no hemos de llegar sino á lo que permita el cielo! Tu poder es el que él consiente; el mio á la sazón doble, para que yazcas á mis piés, como cieno que eres. Y si de ello quieres tener una prueba, mira allá arriba, y leerás tu suerte en el celeste signo donde se pesa, donde se muestra cuán liviana y débil seria la resistencia.»

Miró en efecto Satan, y vió cuán desfavorable le era el movimiento de la balanza. No esperó más; huyó, lanzando denuestos, y en pos de él huyeron las nocturnas sombras.



NO ESPERÓ MAS, Y HUYÓ LANZANDO DENUESTOS.